

contento de sí, es lo más terrible, pues fomenta todos horrores, y entre ellos, la guerra.

*
* *

¡Qué los hombres vivan mal, que sean irreligiosos, sin conciencia, menos cuidadosos de la muerte que de su paso por la tierra! (No hay que pensar en la muerte, hay que vivir mirándola de cara).

Toda la vida se convierte entonces en solemne, importante, verdaderamente útil y gozosa. En presencia de la muerte, es imposible no trabajar con celo, pues, á cada instante puede interrumpir nuestro trabajo, así es que en su próxima presencia no se puede hacer lo que es necesario para toda la vida, es decir, para Dios. Y cuando se trabaja así se convierte en gozo, ya no hay ese temor á la muerte que envenena la vida de los hombres. El miedo á la muerte es inversamente proporcional á la vida buena. Con la vida santa queda reducido á cero.

Esta relación entre la vida y la muerte, puede ser influida por la educación, pero nosotros no estamos educados así y debemos proceder por nosotros mismo. Y llevando la educación religiosa como puede llevarse, ¡cuántos beneficios resultarían!...



Extracto de la carta de un Musulmán

Noviembre, 1902.

...Hagámonos Tchouvaches y escuchemos, no á dos profetas (no han existido los profetas) sino á dos hombres.

Uno dice al Tchouvache ¿Sientes en tí algo excepto tu cuerpo?

Cualquier Tchouvache responderá que siente algo espiritual, poderoso.—Entonces nosotros le preguntaremos:

—¿Ese sér moral que sientes en tí es omnipotente? El Tchouvache dirá que no, que siente que ese sér es limitado. Le diremos. Si ese sér que reconoces existe en tí es limitado, debe existir un sér semejante que sea infinito. Pues bien, ese sér infinito es Dios, cuya esencia, en tí, te parece limitada y que como sér infinito te abraza de manera que te encuentres en él.

Así hablará el primer hombre sin afirmar que es enviado por Dios, que es profeta y, afirmando únicamente lo que cada cual sabe y puede observar en sí propio.

El otro, el mahometano, empezará por decir «Creéis que yo soy profeta y que todo lo que os

diga lo mismo que todo lo que está escrito en el Corán, es la verdadera verdad revelada por Dios en persona». Y se pone á exponer toda su doctrina.

Procediendo así, el Tchouvache, es un completo imbecil (y entre ellos hay muchos que son muy inteligentes) *¿Pero, por qué he de creer yo que todo lo que me decís procede de Dios?* Yo no he visto como Dios os ha transmitido la verdad y no tengo ninguna prueba de que seáis un profeta, mucho más cuando me se ha hablado de la existencia de los Too-Tsistes, de los Budhistas, de los Mórmones, entre los que existen los profetas, como vos, y que hablan de ellos como vos habláis, de manera que vuestra afirmación de ser profeta no puede convencerme de ningún modo de que todo lo que me habéis dicho y está escrito en el Corán, sea la verdad absoluta. El hecho de que hayáis subido al séptimo cielo, tampoco me convence, porque no lo he visto, y lo que está escrito en el Corán, no es siempre claro, sino con frecuencia obscuro, arbitrario, y, con arreglo á lo que he oído decir, históricamente falso. Sólo puede convencerme lo que conozco por mí mismo y lo puedo comprobar por el razonamiento y la experiencia interior.

He aquí lo que dirá el Tchouvache inteligente, á las palabras del segundo, y encuentro que tendrá completa razón.

He aquí pues lo que yo pienso del mahometanismo. Sería una doctrina muy hermosa que

concordaría con la doctrina de todos los hombres verdaderamente religiosos si se suprimiese la fe ciega en Mahoma y en el Corán, no tomando más que la que está de acuerdo con la razón y la conciencia de todos los hombres...

...He sido muy feliz al tener noticias vuestras, pero he sentido mucho que no sean buenas: la vida desordenada, como me escribís, y la enfermedad.

La peor, es la primera: la vida de la cual uno mismo está descontento. La enfermedad no depende de nosotros, por esto el hombre razonable y que teme á Dios, la puede soportar con paciencia. Pero su vida no la puede gastar de cualquier modo, y sobre todo en todas las condiciones, nos es posible hacer que la vida nos sea propicia, es decir, perfeccionarse acercándose á Dios. *Sed perfectos como vuestro padre en el Cielo;* tratar de ser razonables y amantes en todo. Y el no hacerlo así, es muy triste. Hacerlo, es decir, perfeccionarse y acercarse á Dios, no sólo es posible en todo, sino que no es difícil. Algunos piensan que es necesario para esto emprender alguna cosa difícil. No es verdad, basta con no hacer ninguna cosa que se crea mala, y la vida se arreglará por sí sola, y se hace el bien, pues el hombre sano no puede permanecer ocioso.

Esto es lo que le aconsejo, querido amigo, absteneos solamente, no os quejéis, no emprendáis nada nuevo, no dejéis caer el agua en ninguna parte, excepto sobre la rueda, y la rueda traba-

jará, por vos y por amor á los hombres. Dios es amor y el hombre también es amor; si solamente el hombre no se entregase á las seducciones á los engaños, que le fuerzan á gastar su vida, el amor se manifestaría cumpliendo en él la obra de Dios.

* *

...Siempre he sentido mucha pena al pensar que hay hombres como vos que sufren por ignorancia, por la duda, por el error, mientras que la verdad es tan sencilla, tan clara, tan conocida, y no solamente en teoría, sino en la práctica; es decir, que desde hace mucho tiempo ya he visto esta verdad. Después de las dudas y la más horrible desesperación que experimentan los hombres, los he visto tranquilizarse y ser felices con esta verdad...

La vida es la liberación del alma de las condiciones corporales en que está colocada.

Dios, es ese sér espiritual que vive por sí mismo, por cuya voluntad nuestra alma está encerrada en nuestra persona corporal.

La libertación del alma puede hacerse de dos maneras: por el suicidio instantáneo ó gradual, es decir, apartándose del cumplimiento de la voluntad de Dios ó por el cumplimiento en la vida, de la obra por la cual nuestra alma esta encerrada, por Dios, en nuestro cuerpo.

La primera libertación no es más que imaginaria, porque el alma que proviene de Dios, y que está por completo bajo su poder, no puede dejar de ser lo que ha querido la voluntad de Dios que sea, y aunque quiera resistir será obligado á cumplimentar lo que se la exige. La segunda liberación es la verdadera; consiente en ejecutar cada vez más la gran voluntad de Dios, en acercarse cada vez más hacia El y en la unión más íntima con El.

Y la liberación del alma por la voluntad de Dios, la liberación que produce todo trabajo de la vida no se consigue más que por una sola cosa: por el amor, por el aumento del amor.

El amor es la destrucción de los obstáculos que separan nuestro sér de los demás seres. Cuando más amemos á los hombres y á las demás criaturas, más se extiende nuestro sér. El amor para todos, el amor para fuente de la vida, para Dios, destruye todos los obstáculos personales y nos une á Dios.

Aspirar á este ideal, aproximarse á él, en ello está la vida del hombre, y no hay otra vida. Esta aproximación es posible hasta lo infinito en ello está el bien.

* *

...He sido muy feliz, querido... al recibir vuestra carta. Desde hace mucho tiempo pensaba en

vos y en ese mismo punto, el más importante para el mundo, y del cual me habláis.

No solamente no he cambiado de opinión sobre la necesidad de subvenir por sí mismo á sus primeras necesidades; sino que ahora comprendo más que nunca la importancia y el error que tiene el no hacerlo. Muchas causas me lo han impedido, las cuales no enumeraré, pero la causa principal es mi debilidad, mi falta. Por esto al recibir vuestra carta me ha causado una alegría moral (el reproche y el recuerdo). Una sola cosa me consuela, es que viviendo mal, no me engañaba, no me justificaba, nunca he dicho que pudiese librarme de ese trabajo, porque escriba libros, siempre he reconocido lo que vos decís. Si me es necesario leer un buen libro también lo es al que trabaja para mí: de igual manera que si yo puedo escribir un buen libro, hay centenares, miles de personas que les escribirían mejores sino estuviesen abrumados de trabajo.

Así, no solamente no estoy en desacuerdo con vos, sino que más que nunca comprendo mi falta y la sufro, reconozco la importancia fundamental de la negación del derecho á gozar del trabajo forzado de otro.

Pensando en vos y oyendo hablar de vos, he comprendido todo lo que tiene de penosa vuestra situación, y al mismo tiempo no he cesado de envidiaros. No os entristezcáis, querido amigo. *Aquel que sufra hasta el fin, se salvará*, esto se relaciona precisamente con vuestra situación.

Opino que ninguna situación puede impedir pensar en lo que es justo (esto es lo que veo según vuestra carta) solo la ociosidad y el lujo impiden pensar bien, y con frecuencia lo veo por mí mismo.

Por extraño y malvado que pueda parecer que yo, que vivo en el lujo, me permito aconsejar á los demás que vivan en la miseria, lo hago atrevidamente, porque no dudo que vuestra vida no sea buena, ante vuestra conciencia y ante Dios, y que no sea la vida más necesaria y la más útil á los hombres. Mientras que mi actividad, por útil que pueda parecer á ciertos hombres, pierde sino todo (me gusta creerlo) la mayor parte de su importancia, porque mi vida no está enteramente de acuerdo con lo que yo profeso.

Estos días, he tenido la visita de un americano, Bryan, hombre muy inteligente y muy religioso; me ha preguntado por qué creo necesario el simple trabajo manual. Le he respondido casi lo mismo que vos me habéis escrito: 1.º porque es un indicio franco, en cuanto el reconocimiento de la igualdad de los hombres, 2.º porque el trabajo manual nos aproxima á la mayoría de los trabajadores de quienes estamos separados por un muro, aprovechándonos de su miseria, 3.º que el trabajo manual nos da el bien superior; la tranquilidad de la conciencia que no puede tener el hombre sincero que disfruta del servicio de los esclavos.

He aquí pues mi contestación al primer punto de vuestra carta.

Pasemos ahora al segundo punto, el más delicado, la educación religiosa.

En la educación, en general, educación física, lo mismo que educación intelectual, creo que lo principal está en no imponer nada por la fuerza á los niños, sino esperar á las necesidades que se manifiesten en ellos. Y esto es tanto más necesario en la parte principal de la educación, en la religiosa.

Lo mismo que es inútil y perjudicial hacer comer á un niño que no tiene gana ó forzarle á estudiar ciencias que no le interesan ó no le son necesarias; aun es más perjudicial inspirar á los niños ideas religiosas, cualesquiera que sean, y que no las preguntan, y de formularselas en la mayoría de los casos de un modo grosero y, con ello, violar esa relación religiosa hacia la vida, que tal vez inconscientemente, nace en el niño.

Una sola cosa me parece necesario responder, pero con entera franqueza, á las preguntas hechas por el niño.

Parece sencillo responder francamente á las preguntas del niño respecto á religión, pero en realidad, lo único que puede hacerse es dejar que se conteste él mismo, sinceramente, á la pregunta sobre Dios, sobre su vida, sobre la muerte, sobre el bien, sobre el mal, á esas mismas preguntas que los niños hacen siempre con mucha claridad.

Y es aquí donde se confirma lo que siempre he pensado sobre la educación, y de la cual me habláis en vuestra carta, á saber que lo esencial en la educación de los niños, reside en la educación misma. Por extraño que esto parezca la educación por sí misma, es el arma más poderosa de la influencia de los padres sobre el niño, y este primer punto que vuestros vecinos han adoptado: perfeccionate tú mismo, es la acción mucho más superior, por extraño que parezca y la más práctica, en el sentido de servir á los demás y de obrar sobre ellos. En la educación, las condiciones de vuestra vida austera, que con seguridad no apreciaréis en su valor, son las más ventajosas para la educación. Vuestra vida es *seria* y los niños la ven y la comprenden.

Y si queréis de mi una indicación precisa: saber lo que hay que leer ó dar á leer á los niños para su educación religiosa, pienso que no hay que limitarse á los escritos religiosos de una sola creencia, de la cristiana, sino que aprovechando la literatura pedagógica cristiana, mezclarla á la vez con la literatura budhista, brahamínica y hebraica.

Me siento muy feliz por este cambio de ideas con vos. Desearía que sacaseis de ello la centésima parte de utilidad que saco yo, y por esta razón quisiera fuese más frecuente.

Os ama

L. TOLSTOY

Yasnaia Poliana 10 Diciembre 1902.